

Terrorismo e islam

Los atentados contra las torres gemelas y el Pentágono pusieron en evidencia la necesidad de replantear las relaciones de las potencias industriales, en especial Estados Unidos, con el mundo árabe. El atraso social nutre el atavismo religioso, el cual a su vez alimenta las tendencias radicales y terroristas. Todo indica que el desafío de una eficaz y duradera modernización del mundo islámico estriba en que se desarrolle dentro de modalidades islámicamente aceptables.

Helio Jaguaribe

El problema

Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 colocaron a Estados Unidos y al mundo civilizado ante un problema extremadamente complejo. Resultaba evidente la necesidad de una respuesta que condujera a la identificación y castigo de los organizadores del crimen. Por otro lado, la existencia de una amplia red de terroristas en cerca de 40 países, de alguna forma bajo el liderazgo de Osama Bin Laden, exigía un amplio esfuerzo internacional orientado a la erradicación de este tenebroso sistema. Sin embargo, la dificultad de la cuestión reside en la profunda vinculación existente entre el terrorismo de Bin Laden y el islam. La materia exige, aunque sucinta, una apropiada clarificación. El islam de Alá el misericordioso, como el cristianismo del amor al prójimo de Jesús, es una religión universal de amor y tolerancia. No obstante, ambas religiones presentan en su evolución histórica flagrantes contradicciones entre principios y prácticas.

San Bernardo de Claraval (fines del siglo XI - ca. 1130) sostenía que el exterminio de infieles era una obra grata a Dios. Santo Domingo (1170-1221) fue amigo de

Helio Jaguaribe: cientista social brasileño, decano del Instituto de Estudios Políticos y Sociales de la Universidad de São Paulo.

Palabras clave: 11 de septiembre de 2001, islamismo, terrorismo.

Simón de Montfort y connivente con la infame cruzada contra los albigenses (1209). Las ocho cruzadas (de 1095 a 1270) fueron bregadas por los papas, y si bien estuvieron movilizadas por hondos sentimientos religiosos resultaron en sistemáticos exterminios de musulmanes y saqueos de sus territorios. La Inquisición, autodenominada «sancta», consistió (de 1231 hasta el siglo xvii) en un sistemático terrorismo religioso, particularmente dirigido contra los judíos. Las cosas no presentan un cuadro distinto del lado islámico. El profeta Muhammad emprendió la unificación de las tribus árabes y el islam, por vía

*El desafío
 de la modernización
 y de la incorporación
 de la ciencia
 y tecnología
 occidental tuvo
 diversas respuestas
 de los distintos
 pueblos islámicos*

militar. Los califas que lo sucedieron llevaron las guerras de conquista y de expansión religiosa a medio mundo, del norte de Africa y la península ibérica a Europa oriental, Irán y la India, llegando hasta la frontera china.

¿Qué significa actualmente el terrorismo islámico, ámbito en el que se destaca la figura de Bin Laden? Se trata de una modalidad distinta del terrorismo estatal, de Stalin o Hitler, o del terrorismo utópico de los anarquistas de mediados del siglo xix hasta Saravejo. Es un terrorismo religioso más próximo a las manifestaciones de fanatismo religioso de la Edad Media. El análisis apropiado de este fenómeno exigiría un amplio ejercicio de sociología y de historia de las religiones, incompatible con las dimensiones de estos breves comentarios. Simplificando al máximo una cuestión compleja, tras este terrorismo pueden reconocerse causas lejanas y próximas.

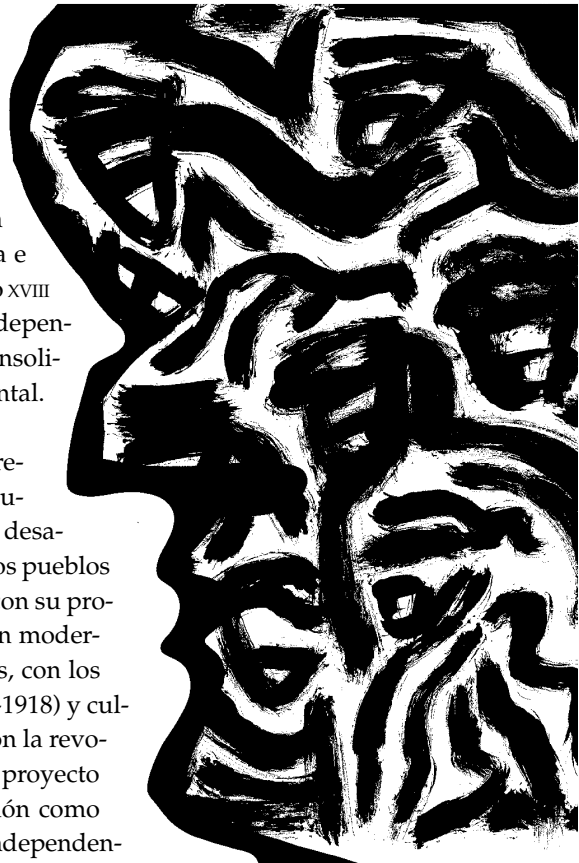
Es un terrorismo religioso más próximo a las manifestaciones de fanatismo religioso de la Edad Media. El análisis apropiado de este fenómeno exigiría un amplio ejercicio de sociología y de historia de las religiones, incompatible con las dimensiones de estos breves comentarios. Simplificando al máximo una cuestión compleja, tras este terrorismo pueden reconocerse causas lejanas y próximas.

Causas lejanas. Remotamente, el terrorismo islámico se relaciona con las dificultades del islam para modernizarse desde el siglo xvii y confrontarse con la civilización occidental. El islam es al mismo tiempo una religión, un sistema político, un régimen civil y una civilización. Constituye una visión totalizante del mundo, que funde las dimensiones de la vida humana, individual y colectiva, en una gran unidad. Esa fusión se realiza en el concepto y en la práctica de la *umma*, el núcleo político-religioso-civil del que Medina, bajo Muhammad, fue la primera manifestación y a la que se siguieron otras innumerables *ummas*. Debe notarse que, aunque de una forma menos explícita, también el cristianismo tendía hacia una visión unificante bajo el Papado o el Sacro Imperio Romano Germánico. La lucha entre Papado e Imperio marcó toda la Edad Media y, para suerte de Occidente, terminó con el debilitamiento de ambos. La modernización occidental se produjo gracias a la creciente independencia de los subsistemas sociales: económico, político, participativo y cultural. Ese proceso de

autonomización requirió sin embargo un muy largo plazo –Renacimiento, Reforma e Ilustración. De hecho, solo a partir del siglo XVIII y, de forma inequívoca, del siglo XIX, la independencia de los subsistemas societales se consolidó irreversiblemente en el mundo occidental.

En el caso del islam, la noción de *umma* representó una resistencia permanente a la autonomización de los subsistemas. Ante el desafío de Occidente y de su modernización, los pueblos islámicos, desde Mahmut II (1808-1839), con su proceso de reformas –el Tanzimat– intentaron modernizarse. El proceso prosigue, con altibajos, con los Jóvenes Otomanos, bajo Mehmet V (1909-1918) y culmina en una de sus vertientes, la turca, con la revolución de Mustafá Kemal (1881-1938). El proyecto de Kemal fue una radical occidentalización como condición de posibilidad de preservar la independencia de Turquía, disociando al país de la idea de Imperio Otomano. Convirtió al islam, como el cristianismo en Occidente, en una religión subjetiva, dependiente de la opción de cada persona, y el Estado turco se transformó, como el occidental, en un Estado laico.

El desafío de la modernización y de la incorporación de la ciencia y tecnología occidentales, como condición de posibilidad de resistir las presiones de Occidente, tuvo diversas respuestas de los distintos pueblos islámicos. En un extremo está la occidentalización radical promovida por Kemal –hoy contestada por fundamentalistas turcos provenientes del mundo rural–, en el otro extremo figura la opción medievalizante de los talibanes, que incorporan las técnicas militares pero rechazan las instituciones occidentales. En situaciones intermedias tenemos el islamismo moderado de Egipto y Marruecos, el tecnocrático de Irak y el fundamentalista de los ayatolás iraníes. Las diversas modalidades de fundamentalismo, especialmente en sus versiones medievalizantes, conducen a un islamismo radical del cual, en determinadas condiciones, emana la opción terrorista como arma contra Occidente. Hay que observar sin embargo que cristianismo e islamismo, como religiones del amor y de la tolerancia, experimentaron, desde el siglo XVIII, distintos cursos históricos. El cristianismo rechazó la violencia a partir del siglo XVIII. En el islamismo se distingue el deber de la caridad y de la tolerancia para los creyentes y sometidos, en la *dar-al-islam* y,



conforme las circunstancias, el deber de la guerra santa, la *jihad*, contra infieles de la *dar-al-harb*, la casa de la guerra.

Causas próximas. Las tendencias sociohistóricas tienden a materializarse cuando se producen eventos catalizadores. Esto es observable en el caso del terrorismo islámico. El radicalismo islamista suscitó la formación de grupos terroristas en función de eventos recientes, entre los cuales tiene particular relevancia el conflicto palestino-israelí desde la fundación del Estado de Israel en 1948, agravado por las ocupaciones territoriales luego de las guerras de 1967 y 1973.

Sin entrar en detalles que excederían los límites de este breve estudio, puede mencionarse que, en el proceso de fundación del Estado de Israel, la expulsión de un apreciable contingente de palestinos sin compensaciones satisfactorias, generó una masa de excluidos en cuyo ámbito surgió tanto un profundo resentimiento como condiciones propicias para un radicalismo islámico, fácilmente convertible en terrorismo. Más recientemente, el asentamiento de colonias israelíes en territorios palestinos representó un proceso especialmente provocativo, con la consecuente radicalización propicia al terrorismo. Hay que considerar además otros hechos derivados de una inadecuada relación de las fuerzas occidentales con el mundo islámico; por ejemplo, es el caso del establecimiento de bases militares americanas permanentes en territorio de Arabia Saudita, la tierra del profeta. Este hecho, para los puristas como Bin Laden, constituye un atentado a la *hadith* y a la *sunna*, que precisa un violento rechazo. Como ya ha mencionado, el terrorismo islámico se distingue de otras modalidades por ser un super-radicalismo religioso, que debe ser analizado desde la óptica de la sociología y de la historia de las religiones.

¿Qué hacer?

Luego del atentado del 11 de septiembre y los numerosos indicios, previos o recientes, que señalaban como principal mentor a Bin Laden, bajo la protección de los talibanes afganos, EEUU emprendió un doble movimiento. Por un lado, montó un poderoso aparato militar alrededor de Afganistán exigiendo la entrega del sospechoso. Por otro lado, realizó amplias gestiones diplomáticas buscando obtener el apoyo de la ONU, el respaldo de la OTAN y la aprobación explícita de la mayoría posible de países. Inicialmente estos esfuerzos diplomáticos tuvieron éxito, incluso con figuras como Yasser Arafat y Fidel Castro, como también con casi todos los países islámicos, a excepción de Irak y de las reticencias de Irán. Durante algunas semanas EEUU se empeñó en que los talibanes entregaran a Bin Laden. Ante el fracaso de las tentativas, el 7 de octu-

bre se inicia, con participación británica, el ataque a Afganistán. En el momento de elaborar estos comentarios a mediados de octubre, la estrategia norteamericana parece apuntar a destruir desde el aire las precarias instalaciones defensivas de Afganistán, mientras ingresan comandos para capturar a Bin Laden y facilitar una futura invasión terrestre. A la vez, se provee de medios más eficaces a la Alianza del Norte mientras se inician conversaciones entre varias facciones opositoras con vistas a la formación de un gobierno provisional después de la derrota talibán. Para ese efecto parece estar en gestación alguna intervención terrestre, combinada con la ofensiva de la Alianza, que busca expulsar a los talibanes de los centros urbanos y conceder el control del precario sistema político del país a un gobierno interino. El problema que enfrenta EEUU es el rechazo norteamericano a una amplia ofensiva terrestre, sin la cual las fuerzas de la Alianza y el reducido contingente estadounidense no parecen capaces de expulsar a los talibanes. Al mismo tiempo, EEUU señala que podría intervenir en otros países donde encuentren refugio núcleos terroristas. Hay indicios de que los norteamericanos buscarán algún pretexto para un nuevo ataque a Irak que apunte a derrocar al gobierno de Sadam Hussein.

El bombardeo a objetivos militares afganos, pese a la precisión de las «bombas inteligentes», afectan inevitablemente a la población civil. Esto provoca un creciente malestar en numerosos países islámicos, notoriamente en Pakistán e Indonesia. Incluso no podría descartarse que la protesta popular supere la capacidad de contención de las fuerzas del presidente paquistaní Pervez Musharraf. Todo indica, además, que la búsqueda de Bin Laden difícilmente conducirá a su captura. Hay que considerar, por otro lado, que la red terrorista que comanda se caracteriza por su descentralización. La ocupación de las áreas urbanas y del precario sistema político afgano –suponiendo que se logre hacer– no desalojará los remanentes talibanes de sus refugios montañosos, permitiéndoles incursiones terroristas sobre el territorio ni, mucho menos, acabará con el terrorismo islámico. Al contrario, la ocupación militar de un país árabe será una motivación adicional para el radicalismo islámico. Si bien los gobiernos norteamericano y británico insisten en que la lucha armada no es contra el islam, los árabes o los afganos, sino exclusivamente contra el terrorismo de Bin Laden y los talibanes, parece ganar cada vez más cuerpo la idea, entre numerosos sectores del mundo islámico, de que lo que está en juego, como previera Samuel Huntington, es una lucha de Occidente contra el islam.

La afirmación norteamericana de que la lucha se dirige exclusivamente contra el terrorismo de Bin Laden, resulta poco relevante

Terrorismo islámico

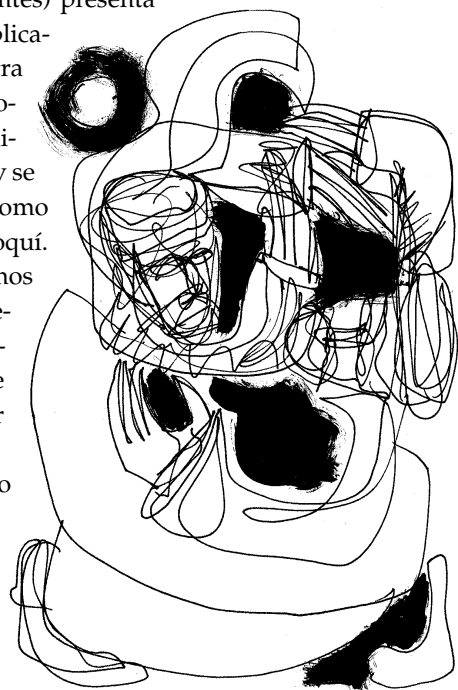
La afirmación norteamericana de que la lucha se dirige exclusivamente contra el terrorismo de Bin Laden, resulta poco relevante ante la ocupación militar de un país islámico y la amenaza del uso de la fuerza contra otros. Tampoco convence el argumento de que el terrorismo es contrario al mensaje de misericordia y tolerancia de la religión islámica. El islamismo, como se indicó más arriba, al igual que el cristianismo, tienen una dilatada historia en el uso de la violencia, aunque en contradicción con sus principios, manteniéndose, en el islamismo, la validez del precepto de la *jihad*. ¿Qué tiende a ocurrir ante tales consideraciones? Importa tener en cuenta dos cuestiones. Una, de corto plazo, se refiere al cambio a que fue sometida la política exterior norteamericana. La otra, de más largo plazo, apunta al proceso de modernización del islam. El gobierno de Bush adopta en su comienzo una política unilateral de superpotencia, en detrimento de la ONU y otras modalidades de multilateralismo. Además, procuró distanciarse de conflictos locales que, supuestamente, no interesaban de manera directa a EEUU, como el conflicto palestino-israelí. Para fortalecer su unilateralismo, esta política se orientó en el sentido de retomar el proyecto reaganiano de la «guerra de las galaxias».

El atentado del 11 de septiembre reveló la vulnerabilidad de EEUU frente a una bien concertada acción terrorista, ante la cual el sistema antimisilístico resultaría inútil. Mostró también la incapacidad de una estrategia unilateral, toda vez que el terrorismo internacional solo podría ser contenido por una amplia alianza internacional, incluyendo especialmente la participación de los países islámicos. Sin embargo la decisión de atacar Afganistán, y más aún la amenaza a otros países árabes, fue contradictoria con los votos a favor de un sistema internacional de contención del terrorismo. Si independientemente de las intenciones norteamericanas, sus intervenciones militares son percibidas por amplios sectores musulmanes como antiislámicas, la colaboración de estos países, donde precisamente se refugia el terrorismo internacional, quedaría inviable. Es el problema ante el cual la invasión a Afganistán y, más aún, la hipótesis de un ataque contra Irak se coloca el gobierno de EEUU.

En verdad, el multilateralismo al que se ve compelido el gobierno norteamericano solo tendrá credibilidad si se pone al servicio de la ONU y si el Consejo de Seguridad se convierte en órgano orientador de la lucha antiterrorista. Este escenario, sin embargo, parece remoto. Si la transferencia de la coordinación de la lucha antiterrorista es hecha a la ONU, aunque operacionalmente es efectuada por EEUU, constituye una condición necesaria para mantener un amplio frente

internacional contra el terrorismo, contando con la participación de importantes países árabes, ello por sí solo no es suficiente para erradicar el terrorismo islámico o, por lo menos, reducirlo a grupos fanáticos de pequeña relevancia. Como se ha mencionado, este terrorismo es una emanación del radicalismo isla-mista y perdurará mientras abarque significativas áreas del mundo musulmán. Por lo tanto, se trata de crear condiciones que no lleven a importantes sectores del islam al radicalismo. Nos enfrentamos a una cuestión extremadamente compleja. Reduciéndola a sus elementos esenciales, se pueden diferenciar tres aspectos: 1) el problema de la modernización del islam; 2) las cuestiones relacionadas con la educación y el desarrollo; y 3) las condiciones de injusticia y humillación a las que están sometidos significativos grupos humanos, como es el caso de los palestinos.

Modernización del islam. El carácter integrador del islam y su concepto y práctica de la *umma* fueron un factor decisivo para la vertiginosa propagación de la nueva religión, desde Muhammad a los Omeya (661-750). Ese mismo carácter, entretanto, se constituyó en serio obstáculo para la modernización de las sociedades islámicas, desde el siglo xvii. A partir de la segunda mitad del siglo xvii, la presión de Austria y de la Rusia de Pedro el Grande (1689-1725) y Catalina II (1762-1796), con una superioridad militar fundada en la ciencia y la tecnología, impuso sucesivas derrotas al Imperio Otomano, que entonces lideraba el mundo islámico, expulsándolo de Europa con excepción del enclave de Estambul. Como se ha señalado, el islam se enfrentó a la necesidad histórica de modernizarse, y el islamismo contemporáneo, independientemente de la división entre sunitas e chiíes (algo así como católicos y protestantes) presenta distintas posiciones a lo largo de un *continuum*. Si aplicamos las categorías de Toynbee, el islam se encuentra dividido entre herodianos, que bregan por una modernización occidentalizante, y zelotistas, quienes exigen una integral fidelidad a las grandes tradiciones y se oponen a los gobiernos islámicos modernizantes, como el turco o, más moderadamente, el egipcio y el marroquí. En el límite de la cuestión, el problema de los herodianos radicales, como Kemal, es cómo convertir una sociedad islámica en una sociedad occidental. El problema de los zelotistas consiste en que para disponer de un mínimo de eficacia, se ven forzados a incorporar innumerables aspectos de la civilización occidental —lo que, a largo plazo, exige la adopción de otras (no deseadas) formas de modernización.



Educación y desarrollo. Una de las cuestiones fundamentales, en lo que se refiere al radicalismo islámico, es que está vinculado a sociedades y grupos caracterizados por su retraso educacional y socioeconómico. Sociedades de mayorías analfabetas, y de amplios sectores viviendo en condiciones de miseria, en cuyo ámbito se mantiene una religiosidad medieval, con los preceptos coránicos como únicas nociones, desvinculadas de cualquier relación con un mundo moderno ignorado en sus características y demonizado en su conjunto. Afganistán bajo el control de los talibanes es quizá el ejemplo emblemático de esa situación. El mundo civilizado, tanto islámico como occidental, debe tomar conciencia de esta situación y comprender que mientras no se promueva con éxito una revolución educacional y un sostenido proceso de desarrollo, el retraso social constituirá un caldo de cultivo para la formación de grupos radicales.

Oprimidos y humillados. Un tercer factor para el surgimiento de los radicalismos islámicos y su tendencia a generar opciones terroristas, son los amplios sectores musulmanes sometidos a continuas formas opresivas y humillantes. Palestina es el caso más típico, y resultado de varios aspectos que caracterizaron la creación del Estado de Israel y su posterior evolución, en la cual la política estadounidense hacia el problema ha adquirido a lo largo de las décadas mayor importancia, con los conocidos efectos y condicionamientos en su propia política interior. Confrontado ahora con el terrorismo islámico, EEUU se verá compelido a una intervención efectivamente saneadora en el conflicto palestino-israelí; no podrá sostener un amplio frente antiterrorista, incluyendo los países árabes, si no asegura razonables condiciones políticas a los palestinos. Este hecho ya fue percibido por Bush y por el primer ministro británico Tony Blair, quienes se declararon favorables a la creación de un Estado palestino independiente. Para ello será necesaria la adopción de una serie de medidas, tanto en el sentido de preservar la integridad territorial palestina, poniendo término a la instalación de colonias israelíes en su territorio, como proporcionando al nuevo Estado una amplia asistencia económica y técnica, a fin de garantizar su sostenibilidad. Nada sería más conveniente para Israel que sustituir su actual política de retaliaciones violentas por una de colaboración efectiva en la instalación del Estado palestino.

Solución estable

Las consideraciones precedentes apuntan a indicar los principales requisitos para un control efectivo del terrorismo islámico. La erradicación satisfactoria de éste, sin embargo exige medidas de carácter estable. Simplificando, una solución duradera requiere dos tipos distintos de medidas, externas e internas al

mundo islámico. Las medidas externas, en gran parte dependientes de los países occidentales más ricos, consisten en una equilibrada combinación de *stick and carrots*, castigos y premios. Es necesario sostener un activo frente internacional antiterrorista, que ejerza una presión eficaz sobre los países que apañen, aunque no ostensiblemente, a grupos terroristas. A la vez, es necesario reactivar los conceptos que orientan el PNUD y ejecutar un gran plan internacional de fomento al desarrollo de los países subdesarrollados en general, particularmente los islámicos, en especial en lo referido al mejoramiento educacional. El terrorismo, aunque sometido a otros factores, se nutre de la miseria y de la ignorancia. Tanto o más importantes que las medidas externas son las internas. Solo bajo los altos preceptos del islamismo, como religión y cultura de la misericordia y la tolerancia, se pueden contener las formas extremas de la violencia religiosa. Y solo mediante modalidades islámicamente aceptables de modernización se puede, de manera estable, incorporar los pueblos islámicos a la modernidad con sus correlatos de desarrollo económico y bienestar social.

Es importante observar de cerca el extraordinario experimento de Kemal. En algunos decenios, una Turquía anclada en instituciones medievales y petrificada en un insuperable subdesarrollo se convirtió en una sociedad moderna. Pero lo ha hecho, por un lado, bajo el comando autoritario, aunque plebiscitariamente consentido, de un excepcional líder carismático. Por otro lado, lo ha hecho no solo convirtiendo el islam en una religión subjetiva, sino también occidentalizando en una generación su sociedad islámica. En contraste con el éxito inicial de Kemal, se observa a largo plazo que la sociedad tradicional, a partir de sus raíces rurales, pasa a cuestionar la modernización kemalista y suscita nuevos fundamentalismos, aunque todavía contenidos por la Turquía moderna. Todo indica que el desafío de una eficaz y duradera modernización del mundo islámico estriba en que se desarrolle dentro de modalidades islámicamente aceptables. La solución la señaló el presidente iraní Mohammad Khatami, probablemente el más ilustrado líder islámico actual. Consiste en instituir una democracia islámica y proceder, en su ámbito, de forma gradual para lograr progresos estables. Solo el islam puede, durablemente, contener el terrorismo islámico y solo mediante la educación y el desarrollo del pueblo y la institución de una democracia islámica, que permita progresos graduales, ese objetivo puede ser alcanzado. Si una fracción de los gastos militares de intervención en países que hospedan a terroristas, fueran empleados en erradicar las condiciones de las que se nutre el terrorismo, se lograría poner término a este tipo de violencia.